

la irreligion, el ateísmo, y esa indiferencia fatal que tantos daños acarrea á las sociedades modernas. No es mi ánimo el tachar de impíos á todos los protestantes; y reconozco gustoso la entereza y teson con que algunos de sus sabios mas ilustres, se han opuesto al progreso de la impiedad. No ignoro que los hombres adoptan á veces un principio cuyas consecuencias rechazan, y que entonces seria una injusticia el colocarlos en la misma clase de aquellos que defienden á las claras esas mismas consecuencias; pero tambien sé que por mas que se resistan los protestantes á confesar que su sistema conduzca al ateísmo, no deja por ello de ser muy cierto: pueden exigirme que yo no culpe en este punto sus intenciones, mas no quejarse de que haya desenvuelto hasta las últimas consecuencias su principio fundamental, no desviándose nunca de lo que nos enseñan acordes la filosofía y la historia.

Bosquejar ni siquiera rápidamente lo que sucedió en Europa desde la época de la aparición de Voltaire, seria trabajo por cierto bien inútil, pues que son tan recientes los hechos y andan tan vulgares los escritos sobre esa materia, que si quisiera entrar en ella, difícilmente podria evitar la nota de copiante. Llenaré pues, mas cumplidamente mi objeto, presentando algunas reflexiones sobre el estado actual de la religion en los dominios de la pretendida Reforma.

En medio de tantos sacudimientos y trastornos, en el vértigo comunicado á tantas cabezas, cuando han vacilado los cimientos de todas las sociedades, cuando se han arrancado de cuajo las mas robustas y arraigadas instituciones, cuando la misma verdad católica solo ha podido sostenerse con el manifiesto auxilio de la diestra del Omnipotente, fácil es calcular cuán mal parado debe de estar el flaco edificio del Protestantismo expuesto como todo lo demás á tan recios y duraderos ataques.

Nadie ignora las innumerables sectas que hormiguean en toda la estension de la Gran Bretaña, la situación deplorable de las creencias entre los protestantes de Suiza, aun con respecto á los puntos mas capitales; y para que no quedase ninguna duda sobre el verdadero estado de la religion protestante en Alemania, es decir, en su pais natal, en aquel pais donde se habia establecido como en su patrimonio mas predilecto, el ministro protestante Baron de Starch ha tenido cuidado de decirnos, que en *Alemania* no

hay ni un solo punto de la fé cristiana que no se vea atacado abiertamente por los mismos ministros protestantes. Por manera que el verdadero estado del Protestantismo me parece viva y exactamente retratado en la peregrina ocurrencia de J. Heyer, ministro protestante: publicó J. Heyer en 1818 una obra que se titula: *Ojeada sobre las confesiones de fé*, y no sabiendo cómo desentenderse de los embarazos que para los protestantes presenta la adopcion de un símbolo, propone un espediente muy sencillo; que por cierto allana todas las dificultades, y es, *deshecharlos todos*.

El único medio que tiene de conservarse el Protestantismo, es falsear en cuanto le sea posible su principio fundamental: es decir, apartar á los pueblos de la via de exámen, haciendo que permanezcan adheridos á las creencias que se les han trasmitido con la educacion, y no dejándoles que adviertan la inconsecuencia en que caen, cuando se someten á la autoridad de un simple particular, mientras resisten á la autoridad de la Iglesia católica. Pero no es este cabalmente el camino que llevan las cosas, y por mas que tal vez se propusieran seguirle algunos de los protestantes, las solas sociedades bíblicas que con un ardor digno de mejor causa trabajan por estender entre todas las clases la lectura de la Biblia, son un poderoso obstáculo para que no pueda adormecerse el ánimo de los pueblos. Esta difusion de la Biblia es una perenne apelacion al exámen particular, al espíritu privado: ella acabará de disolver lo que resta del Protestantismo, bien que al propio tiempo prepara tal vez á las sociedades dias de luto y de llanto. No se ha ocultado todo esto á los protestantes, y algunos de los mas notables entre ellos han levantado ya la voz y advertido del peligro (13).

CAPITULO X.

QUEDANDO demostrada hasta la evidencia la intrínseca debilidad del Protestantismo, ocurre naturalmente una cuestion: cómo es que siendo tan flaco por el vicio radical de su constitucion

misma, no haya desaparecido completamente? Llevando un germen de muerte en su propio seno, ¿cómo ha podido resistir á dos adversarios tan poderosos como la religion católica por una parte, y la irreligion y el ateismo por otra? Para satisfacer cumplidamente á esa pregunta, es necesario considerar el Protestantismo bajo dos aspectos: ó bien en cuanto significa una creencia determinada, ó bien en cuanto espresa un conjunto de sectas, que teniendo la mayor diferencia entre sí, están acordes en apellidarse cristianas, en conservar alguna sombra de cristianismo, desechando empero la autoridad de la Iglesia. Es menester considerarle bajo estos dos aspectos, ya que es bien sabido que sus fundadores no solo se empeñaron en destruir la autoridad y los dogmas de la Iglesia Romana, sino que procuraron tambien formar un sistema de doctrina que pudiera servir como de símbolo á sus prosélitos. Por lo que toca al primer aspecto, el Protestantismo ha desaparecido ya casi enteramente, ó mejor dirémos, desapareció al nacer, si es que pueda decirse que llegase ni á formarse. Harto queda evidenciada esta verdad con lo que llevo espuesto sobre sus variaciones, y su estado actual en los varios países de Europa: viniendo el tiempo á confirmar cuán equivocados anduvieron los pretendidos reformadores, cuando se *imaginaron poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano*, segun la espresion de una escritora protestante: Mad. de Stael.

Y en efecto, las doctrinas de Lutero y de Calvino, ¿quién las defiende ahora? ¿Quién respeta los lindes que ellos prefijaron? Entre todas las iglesias protestantes, ¿hay alguna que se dé á conocer por su celo ardiente en la conservacion de estos ó de aquellos dogmas? ¿Cuál es el protestante que no se ria de la *divina* mision de Lutero, y que crea que el papa es el Anticristo? ¿Quién entre ellos vela por la pureza de la doctrina? ¿Quién califica los errores? ¿Quién se opone al torrente de las sectas? ¿El robusto acento de la conviccion, el celo de la verdad, se deja percibir ya ni en sus escritos ni en sus púlpitos? ¿Qué diferencia tan notable cuando se comparan las Iglesias Protestantes con la Iglesia Católica! Preguntadla sobre sus creencias, y oireis de la boca del sucesor de San Pedro, de Gregorio XVI, lo mismo que oyó Lutero de la boca de Leon X: y cotejad la doctrina de Leon X con la de sus antecesores, y os hallareis conducidos por via recta, siempre por un mismo camino, hasta los apóstoles, hasta Je-

sucristo. ¿Intentais impugnar un dogma? ¿Enturbiais la pureza de la moral? La voz de los antiguos padres tronará contra vuestros extravíos: y estando en el siglo XIX, creereis que se han alzado de sus tumbas los antiguos Leones y Gregorios. Si es flaca vuestra voluntad, encontrareis indulgencia; si es grande vuestro mérito se os prodigarán consideraciones; si es elevada vuestra posicion social, se os tratará con miramiento; pero si abusando de vuestros talentos quereis introducir alguna novedad en la doctrina, si valiéndoos de vuestro poderío quereis exigir alguna capitulacion en materias de dogma, si para evitar disturbios, prevenir excisiones, conciliar los ánimos, demandais una transaccion, ó al menos una esplicacion ambigua: *eso nó, jamas*; os responderá el sucesor de San Pedro; *eso nó, jamas: la fé es un depósito sagrado que nosotros no podemos alterar: la verdad es inmutable, es una*: y á la voz del Vicario de Jesucristo que desvanecerá todas vuestras esperanzas, se unirán las voces de nuevos Atanasios, Naziancenos, Ambrosios, Gerónimos y Agustinos. Siempre la misma firmeza en la misma fé, siempre la misma invariabilidad, siempre la misma energía para conservar intacto el depósito sagrado, para defenderle contra los ataques del error, para enseñarle en toda su pureza á los fieles, para trasmitirle sin mancha á las generaciones venideras. ¿Será eso obstinacion, ceguera, fanatismo? ¡Ah! El transcurso de diez y ocho siglos, las revoluciones de los imperios, los trastornos mas espantosos, la mayor variedad de ideas y costumbres, las persecuciones de las potestades de la tierra, las tinieblas de la ignorancia, los embates de las pasiones, las luces de las ciencias, ¿nada hubiera sido bastante para alumbrar esa ceguera, ablandar esa terquedad, enfriar ese fanatismo? Sin duda que un protestante pensador, uno de aquellos que sepan elevarse sobre las preocupaciones de la educacion, al fijar la vista en ese cotejo, cuya veracidad y exactitud no podrá menos de reconocer si es que tenga instruccion sobre la materia, sentirá vehementes dudas sobre la verdad de la enseñanza que ha recibido; y que deseará cuando menos examinar de cerca ese prodigio que tan de bulto se presenta en la Iglesia Católica. Pero volvamos al intento.

A pesar de la disolucion que ha cundido de un modo tan espantoso entre las sectas protestantes, á pesar de que en adelante irá cundiendo todavía mas, no obstante, hasta que llegue el mo-

mento de reunirse los disidentes á la Iglesia Católica, nada extraño es que no desaparezca enteramente el Protestantismo, mirado como un conjunto de sectas que conservan el nombre y algun rastro de cristianas. Para que esto no sucediera así, seria menester ó que los pueblos protestantes se hundiesen completamente en la irreligion y en el ateísmo; ó bien que ganase terreno entre ellos alguna otra religion de las que se hallan establecidas en otras partes de la tierra. Uno y otro extremo es imposible: y hé aquí la causa por qué se conserva, y se conservará bajo una ú otra forma, el falso cristianismo de los protestantes, hasta que vuelvan al redil de la Iglesia.

Desenvolvamos con alguna estension estos pensamientos. ¿Por qué los pueblos protestantes no se hundirán enteramente en la irreligion y en el ateísmo, ó en la indiferencia? Porque todo esto puede suceder con respecto á un individuo, mas no con respecto á un pueblo. A fuerza de lecturas corrompidas, de meditaciones extravagantes, de esfuerzos continuados, puede uno que otro individuo sufocar los mas vivos sentimientos de su corazón, acallar los clamores de su conciencia, y desentenderse de las preciosas amonestaciones del sentido comun; pero un pueblo, no: un pueblo conserva siempre un gran fondo de candor y docilidad, que en medio de los mas funestos extravíos, y aun de los crímenes mas atroces, le hace prestar atento oído á las inspiraciones de la naturaleza. Por mas corrompidos que sean los hombres en sus costumbres, por mas extraviadas que sean sus opiniones, son siempre pocos los que de propósito han luchado mucho consigo mismos para arrancar de sus corazones aquel abundante gérmen de buenos sentimientos, aquel precioso semillero de buenas ideas, con que la mano próspera del Criador ha cuidado de enriquecer nuestras almas. La expansion del fuego de las pasiones produce, es verdad, lamentables desvanecimientos, talvez explosiones terribles; pero pasado el calor, el hombre vuelve á entrar en sí mismo, y deja de nuevo accesible su alma á los acentos de la razon y de la virtud. Estudiando con atencion la sociedad, se nota que por fortuna es poco abundante aquella casta de hombres que se hallan como pertrechados contra los asaltos de la verdad y del bien; que responden con una frívola cavilacion á las reconvenções del buen sentido; que oponen un frio estoicismo á las mas dulces y generosas inspiraciones de la natu-

raleza, y que ostentan como modelo de filosofia, de firmeza y de elevacion de alma, la ignorancia, la obstinacion y la aridez de un corazón helado. El comun de los hombres es mas sencillo, mas cándido, mas natural; y por tanto, mal puede avenirse con un sistema de ateísmo ó de indiferencia. Podrá semejante sistema señorearse del orgulloso ánimo de algun sabio soñador, podrá cundir como una conviccion muy cómoda en las disipaciones de la mocedad; en tiempos muy revueltos, podrá estenderse á un cierto círculo de cabezas volcánicas; pero establecerse tranquilamente en medio de una sociedad, formar su estado normal, eso no sucederá jamas.

Nó, mil veces nó: un individuo puede ser irreligioso; la familia y la sociedad no lo serán jamas. Sin una basa donde pueda encontrar su asiento el edificio social, sin una idea grande, matriz, de donde nazcan las de razon, virtud, justicia, obligacion, derecho; ideas todas tan necesarias á la existencia y conservacion de la sociedad como la sangre y el nutrimento á la vida del individuo, la sociedad desapareceria; y sin los dulcísimos lazos con que traban á los miembros de la familia las ideas religiosas, sin la celeste armonía que esparcen sobre todo el conjunto de sus relaciones, la familia deja de existir, ó cuando mas es un nudo grosero, momentáneo, semejante en un todo á la comunicacion de los brutos. Afortunadamente ha favorecido Dios á todos los seres con un maravilloso instinto de conservacion, y guiadas por ese instinto la familia y la sociedad rechazan indignadas aquellas ideas degradantes, que secando con su maligno aliento todo jugo de vida, quebrantando todos los lazos y trastornando toda economía, las harian retrogradar de golpe hasta la mas abyecta barbarie, y acabarían por dispersar sus miembros, como al impulso del viento se dispersan los granos de arena por no tener entre sí ni apego ni enlace.

Ya que no la consideracion del hombre y de la sociedad, al menos las repetidas lecciones de la esperiencia debieran haber desengañado á ciertos filósofos de que las ideas y sentimientos grabados en el corazón por el dedo del Autor de la naturaleza, no son para desarraigados con declamaciones y sofismas; y si algunos efímeros triunfos han podido alguna vez engreirlos, dándoles exageradas esperanzas sobre el resultado de sus esfuerzos, el curso de las ideas y de los sucesos han venido luego á mani-

festarles, que cuando cantaban alborozados su triunfo, se parecían al insensato que se lisonjeara de haber desterrado del mundo el amor maternal, porque hubiese llegado á desnaturalizar el corazón de algunas madres.

La sociedad, y cuenta que no digo el pueblo ni la plebe; la sociedad si no es religiosa será supersticiosa, si no cree cosas razonables las creará extravagantes, si no tiene una religion bajada del cielo la tendrá forjada por los hombres; pretender lo contrario es un delirio; luchar contra esa tendencia, es luchar contra una ley eterna; esforzarse en contenerla es interponer una débil mano para detener el curso de un cuerpo que corre con fuerza inmensa; la mano desaparece y el cuerpo sigue su curso. Llámesele supersticion, fanatismo, seducción, todo podrá ser bueno para desahogar el despecho de verse burlado, pero no es mas que amontonar nombres y azotar el viento.

Siendo como es la religion una verdadera necesidad, tenemos ya la esplicacion de un fenómeno que nos ofrece la historia y la experiencia: y es que la religion nunca desaparece enteramente; y que en llegando el caso de una mudanza, las dos religiones rivales luchan mas ó menos tiempo sobre el mismo terreno, ocupando progresivamente la una los dominios que va conquistando de la otra. De aquí sacaremos tambien que para desaparecer enteramente el Protestantismo, seria necesario que se pusiese en su lugar alguna otra religion; y que no siendo esto posible durante la civilizacion actual, á menos que no sea la católica, irán siguiendo las sectas protestantes ocupando con mas ó menos variaciones, el pais que han conquistado.

En efecto; en el estado actual de la civilizacion de las sociedades protestantes, ¿es acaso posible que ganen terreno entre ellas ni las necedades del Alcoran, ni las groserias de la idolatría?

Derramado como está el espíritu del Cristianismo por las venas de las sociedades modernas, impreso su sello en todas las partes de la legislacion, esparcidas sus luces sobre todo linage de conocimientos, mezclado su lenguaje con todos los idiomas, reguladas por sus preceptos las costumbres, marcada su fisonomía hasta en los hábitos y modales, rebosando de sus inspiraciones todos los monumentos del genio, comunicado su gusto á todas las bellas artes; en una palabra, filtrado, por decirlo así, el cristianismo en todas las partes de esa civilizacion tan grande, tan

variada y fecunda de que se glorian las sociedades modernas: ¿cómo era posible que desapareciese hasta el nombre de una religion, que á su venerable antigüedad reúne tantos títulos de gratitud, tantos lazos, tantos recuerdos? ¿Cómo era posible que encontraran acogida en medio de las sociedades cristianas ninguna de esas otras religiones, que á primera vista muestran desde luego el dedo del hombre; que á primera vista manifiestan como distintivo un sello grosero, donde está escrito *degradacion y envilecimiento*? Aun cuando el principio fundamental del Protestantismo zape los cimientos de la religion cristiana, por mas que desfigure su belleza, y rebaje su magestad sublime; sin embargo, con tal que se conserven algunos vestigios de cristianismo, con tal que se conserve la idea que este nos da de Dios, y algunas máximas de su moral, estos vestigios valen mas, se elevan á mucho mayor altura, que todos los sistemas filosóficos, que todas las otras religiones de la tierra.

Hé aquí por qué ha conservado el Protestantismo alguna sombra de religion cristiana: no es otra la causa, sino que era imposible que desapareciese del todo el nombre cristiano, atendido el estado de las naciones que tomaron parte en el cisma; y hé aquí como no debemos buscar la razon en ningun principio de vida entrañado por la prétendida reforma. Añádanse á todo esto los esfuerzos de la política, el natural apego de los ministros á sus propios intereses, el ensanche con que lisonjea al orgullo la falta de toda autoridad, los restos de preocupaciones antiguas, el poder de la educacion, y otras causas semejantes, y se tendrá completamente resuelta la cuestion; y no parecerá nada extraño que vaya siguiendo el Protestantismo ocupando muchos de los paises en que por fatales combinaciones alcanzó establecimiento y arraigo.

CAPITULO XI.

No hay mejor prueba de la profunda debilidad entrañada por el Protestantismo considerado como cuerpo de doctrina, que la escasa influencia que ha ejercido sobre la civilizacion europea